

UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 5

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid. 40
Provincia. 50

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompaña: el prospecto general de la BIBLIOTECA ESPAÑOLA para 1856; el prospecto especial de los SEGUROS MUTUOS DE QUINTAS; un pliego de las IMPRESIONES DE VIAJE, por A. Dumas; un pliego de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo; un cuadro de la misma historia; dos pliegos del ALMANAQUE PARA TODOS, por Villabrille.

LA PUERTA NEGRA.

Sabida es la reputación de limpieza que han adquirido los holandeses, ciertamente con justicia. Ahí están Harlem, Utrecht, Breda: pásese de las ciudades á los pueblos; en todas partes se encontrarán edificios construidos con ladrillos de varios colores imitando elegantes y graciosos mosaicos; en todas partes casas aljofifadas así por dentro

tarse en el sillón que le presentan, temiendo ajar la tela y dejar en ella arrugas poco graciosas. No se atreve á tocar á ninguno de los objetos de puro lujo que abundan en el salón de un neerlandés, lo mismo que en el de una elegante parisiense; á aquellos cofrecitos de concha, ingeniosa obra de los artistas de Dordrecht; á aquellas cajas de pajas de maíz de todas hechuras y colores que tejen las jóvenes de Rotterdam con habilidad sorprendente y gusto esquisito; á aquellas jardineras esbeltas y ligeras en sus formas y proporciones, obras maestras de los fabricantes de Seravenague, de cuyos costados se escapa como por encanto un jardín omnicolor y perfumado que alegra el olfato y la vista á un tiempo. Teme romper entre sus inhábiles dedos esas encantadoras y lujosas superfluidades que han venido á ser en cierta clase de la sociedad un complemento necesario indispensable de la existencia; pero ante todo tiembla, al tocarlas con sus guantes, apagar su brillo.

Pues bien, este exceso de limpieza que se

diariamente encerrado con el suelo que de continuo pisan los bruggeses. La mirada mas sutil no podría descubrir en ella la menor separación entre los ladrillos, ni la inmundicia, ni uno solo de esos objetos de desecho que entre nosotros arrojamamos con facilidad á la v. a. pública. Cada calle, lo decimos sin hyperbole, podría muy bien servir de sala de baile sin que los zapatos de raso de las bailarinas corrieran peligro de tropezar con un pérfido ó repugnante obstáculo. Su superficie es tersa como un espejo; podría creerse que una hada cuidadosa se encarga de separar con su barita las piedrecillas mas menudas, las mas insignificantes pajitas que el aire lleva algunas veces.

El amor al orden y á la limpieza se llevan allí hasta el fanatismo, y así no es extraño que se empleen de unánime consentimiento las mas extravagantes y singulares medidas para preservar el interior del pueblo de toda mancha. Por esto el camino vecinal que en otro tiempo lo atravesaba, desde el siglo pasado lo rodea; por esto

una barrera impide á su entrada el paso de carruages y caballerías al sagrado recinto. Todos, grandes y pequeños, se hallan sujetos á esta medida arbitraria, y se puede dudar que aun el mismo rey Guillermo pudiera sustrarse á la suerte común sin ocasionar murmullos entre sus metódicos súbditos.

Examinense las casas: están tan bien alineadas como soldados en parada, todas construidas por el mismo modelo y de la misma altura. La simetría, dicen los bruggeses, es á la vista lo que al paladar el curazao de Fookiun. Todas las casas tienen dos puertas igualmente levantadas sobre tres escalones: la primera, roja, se abre á cada momento para el servicio de la casa; en el último escalón se encuentran un par de pantuflas que debe calzar antes de entrar el que llega; porque al atravesar la calle pueden los zapatos haber conservado en sus suelas algún polvillo que empañaría el brillo de los entarimados, y por este medio tan gran desgracia es ilusoria. La segunda puerta es enteramente negra; permanece á veces cerrada largos años, y entonces es signo de dicha para los moradores de la casa.

Por la primera sale el niño que llevan á bautizar, y así se llama puerta de la vida. Abrese la segunda para que el hombre pase á la tumba; esta es la puerta de la muerte.

La alegría y las lágrimas, las ilusiones y los placeres, el desencanto y el dolor, en una palabra, todo el séquito de una existencia terrestre se precipita en la habitación por la primera puerta, se apiña al rededor de la cuna del niño



como por fuera desde el granero á la cueva. Los muebles, el ajuar de la casa, el mármol de las consolas, los vidrios de las ventanas, la escalera, las losas del zaguán y hasta las paredes y empedrado cercanos á la puerta de la calle, están aljofifados, encerados, cepillados fuertemente con un cuidado, una atención, una paciencia y una abnegación que jamás se desmiente. Todo está brillante, terso, lustroso, de tal modo que siempre seduce; pero que, fuerza es confesarlo, embaraça á veces.

Con efecto, el forastero duda en poner el pie en un entarimado que refleja su imagen cual un inmenso espejo horizontal; no sabe si ha de sen-

observa en todo el reino de los Países Bajos, no es nada en comparación del refinamiento verdaderamente prodigioso de que se rodean completamente los habitantes de Brugg. Al aspecto solo de esta población se presienten ya las sorpresas de este género que ha de causar su interior. Examinese el conjunto; ¡cuán gracioso golpe de vista! ¡qué aire de dicha, de actividad! Flores y canales abrazan el oasis neerlandés que con orgullo se destaca de gracioso cuadro.

La admiración aumenta si se pasa á los detalles, ¡cuán bien empedradas están las calles, que limpias y abombadas! Nuestros salones temerian con razón el comparar su entarimado

y le acompaña durante su larga peregrinación en la tierra. Por la otra llegan las meditaciones serias, las saludables lecciones, el silencio, la verdad, el arrepentimiento.

Algunas varas solamente separan estas dos puertas, y sin embargo, ¡cuánto tiempo es á veces necesario para recorrer el corto espacio que las separa! ¡cuántas pruebas que pasar, cuántas contrariedades que vencer antes de llegar al término de tan peligroso viaje!

La puerta negra rara vez se abre y solo para funebres solemnidades, porque en su último escalon empieza el camino de la eternidad. Fácil es comprender así que tristes pensamientos suscita la vista de sus negras tablas y que nunca se acerca allí el habitante de la casa sin un estremecimiento de terror. Esta puerta es tan elocuente como el ataúd del trapista, diciéndole continuamente al alma: Preciso es morir.

Como todas las cosas que ofrecen al ánimo una idea fatal y terrible, la puerta negra hace un gran papel en los anales supersticiosos de los bruggeses. ¡A cuántas leyendas y tradiciones fantásticas no da lugar, y que son creídas como el Evangelio por aquella inocente y crédula población!

Una de las creencias profundamente arraigada en los bruggeses desde que el pueblo existe, es la de la fatal influencia que ejerce sobre los habitantes de la casa; ¡desgraciado del que la abra fuera del caso indicado! esta imprudente acción le sería funesta á él y á uno de los de casa. La muerte vela sin cesar tras de aquellas tablas negras que se oponen á su entrada; libre una vez el paso penetra y se instala en casa. Desde aquel momento tiene ya dos presas, el que facilitó su irrupción está irrevocablemente designado para primera víctima; la segunda será necesariamente una de las personas que habita la casa. Ni juventud, ni lágrimas, ni ruegos, pueden separar el golpe fatal; fuerza es pagar el tributo, un año entero hay de término: porque es preciso no olvidar que jamás se abre en vano la puerta negra.

¡Ay! ¡cuántos niños sonriendo apenas á la vida, cuantos jóvenes en el mismo momento en que iban á salir por la puerta de la vida para ir á santificar su amor al pie de los altares, cuántos hombres robustos y vigorosos, cuántas mugeres hermosas y alegres han visto adelantarse el término de su destino por la furtiva introducción de la muerte! Muchas desgracias, según dicen aquellos crédulos habitantes, han sobrevenido por el solo hecho de la apertura de esta fatal entrada. No podemos, sin embargo, resistir el deseo de contar una anécdota de este género cuya autenticidad nos garantiza el nombre de los personajes que en ella figuran. Esta anécdota conservada en sus pormenores en Brugg por testigos de vista, prueba que la casualidad es un gran maestro.

Corría el año de 1815 y restablecida la antigua monarquía francesa, volvían á sus estados los soberanos aliados; cuando una mañana un gran tumulto de voces humanas y ruido de caballos se sintió en la puerta de Brugg. La puerta estaba cerrada y se había suscitado una animada discusión entre dos militares cubiertos de oro y un hombre que por su traje se conocía ser del país.

—Repito á vds. que no pasarán, decía el paisano.

—Pues bien, ya que lo tomas así, ya que no quieres abrirnos paso, vamos á saltar la palizada y pasaremos que quieras que no, respondió uno de los oficiales.

—Y ya de ese lado castigaremos tu insolencia, replicó el otro.

Apenas se preparaban los dos ginetes á ejecutar su temerario proyecto, pues tendría dos varas de alto la palizada, cuando apareció un magnífico tren tirado por seis fogosos caballos y escoltado por varios oficiales de toda gala. De una sola mirada comprendió lo que sucedía el personaje que iba en el carruaje: antes de salir de Amsterdam le advirtieron la costumbre de Brugg y no quiso eximirse de ella, aunque la barrera se abrió cuando fué conocido su nombre, pues era nada menos que S. M. I. Francisco II.

Después de haber admirado la esmerada limpieza de las calles, se dirigió el emperador á un molino que se veía á la derecha. Era una má-

quina para aserrar movida por el viento, como muchas que hay en Holanda, cuyo simple mecanismo absorbía la atención de Francisco II, cuando un grito desgarrador resonó á sus oídos. Antes que hubiese podido averiguar la causa de este grito, una galguita se precipitó por entre los oficiales á acariciar al señor barón de Krudner uno de los que componían el séquito imperial.

El señor de Krudner, quería en extremo á este lindo animal que le había regalado una dama de la corte de Prusia; le seguía en todos sus viajes; pero al acompañar al emperador á Brugg, la había dejado encerrada en su cuarto. Esta reclusión forzada no agradó mucho á Freiun, la ventana estaba abierta, el cuarto no muy elevado y á poco se encontraba la galguilla corriendo tras de su amo.

El grito que habían oído los circustantes mientras la perrilla acariciaba al señor de Krudner, había sido lanzado por una muger de edad que apareció al instante á la puerta del edificio contiguo al molino, entregada á una violenta desesperación.

—¡Ay! ¡qué gran desgracia! decía esta muger entre sollozos y levantando al cielo sus descarnadas manos.

Sabido es lo sensible que era Francisco II: conmovido al aspecto de la desolada campesina, se adelantó hacia ella seguido de su séquito y con ánimo de ampararla en su desgracia.

—¿Qué le ha sucedido á vd., buena muger? preguntó el emperador. Hable vd. Hable vd. y no tema el revelarme su aflicción.

—¡Oh! Dios mío, Dios mío, repetía la campesina torciendo las manos.

—Hable Vd. sin temor, replicó el emperador, su desgracia no será irreparable.

—Lo es, mi buen señor, lo es, y esto es lo que me desconsuela.

—Ignorais que tengo algun poder y que hay pocas heridas por profundas é irreparables que parezcan á primera vista, que no pueda cicatrizar.

—Tiene vd. el honor de hablar á S. M. el emperador de Austria, dijo un cortesano.

Al oír esta declaración, levantó la cabeza la campesina, pero no dió muestras de turbarse al oír el rango del que se dignaba compadecerla. Un ligero sonrosado fué la sola señal de la emoción que no podía menos de sentir, pero no fué bastante á distraerla de sus pensamientos.

—¡Ay! aunque seas emperador, respondió con voz entrecortada, no podéis separar el golpe que nos amenaza.

Entretanto dos jóvenes (el hijo de la buena muger y su esposa) se acercaron á la campesina; trataron de consolarla, pero se estremecieron al decirle ella con la mano estendida hacia el edificio estas tres palabras que para ellos encerraban un sentido terrible: *¡La puerta negra!*

El emperador de Austria pasaba sus miradas de una en otra de las tres personas abismadas en un dolor común y aguardaba, como todos sus cortesanos fuertemente conmovidos, una explicación. La vieja logró al fin dominarse y pudo darla. El molino y la casa estaban unidos por un patio: cuando la puerta de este estaba cerrada como entonces, para llegar al molino era preciso pasar por la casa, y esto había hecho Freiun, solo que se equivocó de puertas, y en lugar de tomar la del uso ordinario tomó la puerta negra. Es preciso decir que su solidez era algo problemática, las tablas estaban separadas y raidas por el tiempo, los goznes casi desechos, gracias al poco cuidado de los amos, y que en fin no fué difícil al inteligente animal el derribar la barrera que le separaba de su amo. Freiun, la bulliciosa galguilla fué la causa de todo el mal; causa bien inocente si se quiere, pero causa real al fin. Había abierto aquel pasaje terrible, y la muerte introducida en la casa rondaba ya su presa. Ella tan ágil, tan juguetona había atraído por su imprudencia el golpe que debía herirla; pero por desdichada que fuera su suerte á los ojos de su amo, no igualaba al horror de la del desgraciado que arrastraba con ella.

Compadecido el emperador de estas pobres gentes, acogió una idea que acababa de ocurrirle.

—Oigan vds., dijo á los campesinos, y reflexionen antes de contestarme; la muerte solo puede llevarse á uno de los habitantes de la casa, ¿no es esto?

—Sin duda, respondió Karsael, sin caer en la importancia de la pregunta.

—Pues bien, añadió Francisco II, si los habitantes de la casa se mudan y la dejan vacía, la muerte solo podrá llevarse las paredes.

Los campesinos se miraron; aun no comprendían.

—¿No me han dicho vds. ahora mismo, dijo el emperador, que una vez la muerte en casa, tenía derecho solo sobre uno de los de ella y por espacio de un año? ¿No es eso? Pues bien, no volvais á entrar y pierde ella todos sus derechos y la víctima se salva.

—Es verdad; exclamaron Adina y Gerónimo, abriendo el corazón á la esperanza.

—Pues es preciso abandonar esta casa lo mas pronto posible, dijo el emperador; cuando os hayais alejado, estais en salvo.

—¡Madre mía, madre mía! exclamó Gerónimo echándose en sus brazos.

—¡Hijo mío! exclamó la joven esposa abalanzándose á un niño que no había interrumpido sus juegos en el patio.

—¡Nos hemos salvado! exclamaron los dos á un tiempo.

—¡Salvados, salvados! repetía la vieja con aire de incredulidad.

—Sin duda, dijo el feld-mariscal, conde de Kollowrath, la muerte nada podrá con vds. pasando un año lejos de aquí.

—Ya está echada nuestra suerte, respondió la campesina con lentitud y midiendo sus palabras, ¡por mas que huyamos la muerte nos buscará!

Por mas que hizo el emperador no pudo convencer á la madre de Gerónimo, sostenida por su inveterada superstición. Los jóvenes esposos ya no lloraban y miraban sereno el porvenir, y se entretenían de él mientras Francisco II hablaba en voz baja al señor de Krudner, que le escuchaba con respeto, y al terminar dijo el diplomático al emperador inclinándose:

—Las órdenes de V. M. serán fielmente ejecutadas.

—Con que quedamos arreglados, dijo el emperador sonriendo á los campesinos, abandonan vds. esta habitación; pues según creo no son muy ricos; este molino compone toda su fortuna.

—Es cuanto tenemos, respondió Gerónimo, recordando las dificultades que se oponían á su proyectada fuga.

—Tranquilícense vds. he previsto ese caso. El aserrar tablas es vuestra industria, y lo mismo les dará á vds. hacerlo aquí ó en otra parte, con tal que os dé utilidad, reposo y dicha.

—Así es, respondió Gerónimo.

—Y mientras mas lejos estemos del pueblo, mas contentos estaremos, añadió Adina.

—¡Ah! exclamó la vieja.

—El señor de Krudner, cuya perrilla es causa de lo que sucede, se encargará de reparar el mal. Posee cerca de Viena una propiedad á propósito para vuestra industria, que aun no es conocida en Austria, y si consentís os deberé su introducción en mis estados.

Los jóvenes consintieron reconocidos, y aquel mismo día dejaron el pueblo; la vieja les siguió, aunque siempre repitiendo que la muerte sabría alcanzarlos.

Llenos de esperanza se dirigieron los jóvenes esposos á Penzing, donde estaba la propiedad del señor de Krudner, colmados de la munificencia imperial. Tres semanas después de su llegada estaban ya terminados los edificios, y un mes después andaba el molino.

Seis meses se pasaron sin mas contrariedad que algunos suspiros de la vieja Magdalena y que sus hijos no percibían en su confianza: á la verdad no tenían el miedo á la muerte que engendran los años. Pronto llegó el fin del año; el último sol alumbraba la felicidad de nuestros emigrados.

—¡Se ha conjurado la desgracia! exclama Gerónimo cogiendo en sus brazos á su hermoso hijo Yoran, que va á cumplir seis años.

—Sin embargo, no hay que cometer ninguna imprudencia, dice Adina abrazando á su hijo.

—¡Señor, tened piedad de nosotros! ¡Miserere nobis! murmuró Magdalena.

—Tranquilizaos, madre mía, nada hay ya que temer, dijo Gerónimo.

—De profundis clamavit ad te Domine, salmodió Magdalena como si no oyera.

—¡Vamos, ya está con sus negras meditaciones, diciendo el oficio de difuntos como si alguno de nosotros se hubiera muerto!

—Déjala, amigo mío, ya sabes tiene su idea fija que no la deja encontrar la calma que nosotros hemos conseguido.

—Sin embargo, esta tarde se convencerá al fin de que es de este mundo; pero yo me estoy charlando y el trabajo no adelanta.

—¿Qué vas á hacer, no ves que no hay una chispa de viento?

—¡Bah! ¿y por qué no he de aprovechar este reposo forzado? Voy á componer las averías que la última tempestad causó en una de las aspas del molino. Yoran, tráeme la tela que arreglé esta mañana, y que olvidé allá arriba.

Gerónimo, el laborioso trabajador, se ocupaba en arreglar su molino, cuando se oyó el ruido de un carruaje en el camino. Al conocer la librea de su señor, se apresuró á reunirse á Magdalena, Adina y Yoran, que cercaban ya al señor de Krudner.

—Veo con gusto que ninguno de vds. tiene gana de morir, aunque hoy es el término fatal.

—¡Oh! seguramente, ese deseo no nos ha venido aun, respondió Gerónimo alegremente.

—Y no nos vendrá tan pronto, añadió Adina en el mismo tono.

—Quieras que nó, habrá que pagar cuando llegue el término, dijo Magdalena.

—Entonces preciso es despacharse, por que dentro de pocas horas se cumple el año, dijo Krudner.

—Pero aun no se ha cumplido, observó Magdalena con voz conmovida.

—Mientras se cumple vuestro destino, el de mi pobre Frein ya se ha cumplido.

—¿Su galguita de vd., dijo Gerónimo, ha muerto?

—Si, hace ocho dias que estando con ella en el coche, al bajarme quiso ella seguirme, y del salto fué á parar á los pies de los caballos que le deshicieron á coces la cabeza. Todo socorro ha sido inútil.

—Abrió la puerta negra, su muerte era inevitable, dijo Magdalena.

—Vamos, madre, tenga vd. esperanza, ya el sol está en la mitad de su carrera, dijo Gerónimo, y todos gozamos de buena salud.

—Y largos años disfrutareis esa salud, así lo espero. Yo ya sabía que erais felices, pero esta mañana se acordó el emperador que hoy era el fatal aniversario, y me ha encargado venga á ver si ya tienen vds. confianza en el porvenir, replicó el diplomático.

A poco se despidió y subió en su coche el conde de Krudner, Gerónimo volvió á su trabajo y Magdalena salmodió por la vigésima vez el De profundis. De pronto al lanzar el cochero del conde los caballos en el camico de Schoembrunn, dos gritos desgarradores se dejaron oír. Se asoma á la portezuela, y fué testigo de una escena atroz. Tiene en frente el molino cuyas aspas antes inmóviles, giran con increíble rapidez, y un hombre está agarrado á una de ellas; tan pronto se encuentra suspendido en el aire, como arrastrado por el suelo. Esta vista es horrorosa.

Frente al molino en una altura están Magdalena y Adina con los brazos estendidos, la vista fija y el semblante contraído, á su lado está Yoran que con aire triunfante y alegre, enseña á su madre un hierro. ¡Desgraciado niño! cansado de jugar por el campo, entra en el molino y ve una clavija de hierro pasada á una viga, la saca como puede sin saber el papel que hacia: esta simple clavija, era la que impedía el movimiento de todo el mecanismo.

Fácil es adivinar el resultado de esta hazaña infantil. Se levantó una fuerte brisa al terminar Gerónimo su composición, llenó las velas de las aspas y las puso en movimiento. En la fuerte sacudida que sufrió perdió Gerónimo su presencia de ánimo, y en lugar de echarse al suelo boca abajo ó de saltar hacia la pared, se agarró fuertemente á la tela que acababa de poner. Un minuto despues su cuerpo hecho pedazos vino á caer á los pies de su madre y de su esposa.

El señor de Krudner llegó en este momento y mientras prodigaba sus consuelos lleno de compasion y de horror á la desgraciada Adina que se deshacia en llanto, la vieja Magdalena, con la vista apagada, los dientes apretados y un

dedo levantado al cielo, decia con voz sorda y vibrante:

—¡Se habia abierto la puerta negra, preciso era que cayeran dos victimas!

Si alguna vez pasas, lector amigo, por Brugg, verás al extremo del pueblo un molino en actividad y que goza de la mejor reputacion en el pais. Por poco que desees visitar el establecimiento, serás recibido por un hombre de treinta y cinco años, fuerte y robusto y cuya fisonomia se cubre con frecuencia de tristeza. Una muger de edad, pero fuerte y robusta, le ayuda ordinariamente á hacer los honores de la casa. Esta muger es Adina la esposa del desgraciado Gerónimo. El hombre es Yoran que de continuo se echa en cara el haber sido la causa inocente de la muerte de su padre.

En cuanto á la vieja Magdalena entregó su alma á Dios hace veinte años, mas no sin haber antes de expirar visto poner sólidos cerrojos y nueva cerradura á la fatal Puerta negra.

LAS FLORES DE FEBRERO.

El mes de febrero es en los climas meridionales uno de los mas agradables del invierno: por lo general la temperatura es benigna, el cielo está puro y descubierto, el sol brilla con fuerza, y sus primeros rayos vienen á dar el consuelo y la alegría á los amantes del campo, entristecidos con los hielos y las escarchas de enero. En los climas de Oriente este mes es mas bello todavía, con él concluye el invierno y vuelven los dias serenos y el grato ambiente de la primavera.

Doloroso es decirlo; pero nuestra civilizada Europa ha perdido por completo aquellas dulces y sencillas alegrías de nuestros padres: nosotros vemos con la mayor indiferencia, venir la primavera tras del invierno, y sucesivamente ir desalojando de su puesto cada estación á la que le ha precedido. Los griegos, mas próximos que nosotros á los espectáculos donde la naturaleza se ostenta con todo su esplendor, no dejan nunca de celebrar con sus juegos y sus cantos la salida del invierno: al fin de febrero, se escucha desde un extremo al otro de la Grecia, la alegre voz de los pastores y aldeanos, que entona la *Cancion de la golondrina*. Hé aquí su testo, que nuestras palabras no harán mas que interpretar pobremente sin poderle dar su deliciosa armonía imitativa:

A través de los mares
La golondrina llega:
Ven marzo, hermoso marzo,
Con tus auras serenas,
Que ya el sol de febrero
Nos ahuyentó las nieblas.
Ya brillan sus fulgores,
Y en vano llueve y nieva,
Que envuelta entre las aguas
Viene la primavera.

Y en efecto. Al fin de febrero es cuando aparecen en Grecia las golondrinas, á quienes el invierno habia obligado á buscar un asilo en las playas del Asia Menor: y la vuelta de esta grata mensajera del buen tiempo, es allí cordialmente saludada como la precursora de la estación de las flores.

Si nosotros permanecemos frios ante esa reaparición del sol que disipa con sus dorados rayos los pelotones de las nubes cargados de humedad y de espesas brumas, los vegetales no son tan insensibles como nosotros. Estos hijos legítimos de la primavera salen entonces de la tierra y comienzan á abrir y estender sus hermosas corolas, como un gracioso homenaje que deponen sobre el altar de la naturaleza.

El *aleli* ostenta entonces sus hermosos botones color de violeta, esperando por momentos el instante de cubrirse con sus innumerables flores pajizas. El *tusilago*, llamado tambien *uña de caballo* por la forma de sus hojas, no se aviene á esperar que su follage perezoso comience á estenderse sobre la tierra; sino que hace brotar su flor amarilla para no ser el último en venir á saludar al sol, á quien tanto se asemeja cuando aquella ha abierto ya por completo.

La *campanilla blanca*, tan tímida aun en el mes anterior, luce ya con graciosa desenvoltura bajo las influencias del sol de febrero.

La *rosa de invierno* que ha sabido desafiar los rigores de la cruda estación de los hielos, se colorea agradablemente en este mes, sin duda para atraer las miradas del hermoso Febo, y para sostener la rivalidad con las *hepáticas*, que dejan brotar entre su sombrío follage flores de un bello azulado ó de una luciente púrpura. A su vez aparecen tambien las *belloritas* que no cesarán de ostentar sus florecillas de rayos blancos y centros vareados hasta que vuelvan los hielos del otro invierno.

La *violeta odorífera* oculta aun sus embalsamadas flores entre su espeso follage, y no revela su existencia sino por el perfume que derrama en la atmósfera que la rodea. Pero en vano disimulará con su modestia la envidiada hermosura, pues allí vendrá á buscarla la joven aldeana para trasportarla á nuestras ciudades, donde morirá como desterrada de su patria.

El *boj* orgulloso con su ramaje que ha visto caer sobre él las nevadas de enero, no cree necesario adornarse con vistosas flores, sino que se carga de pequeñas corolas, que serian imperceptibles á no ser por sus estambres de oro que se abren paso á través de su envoltura, y vienen así á disfrutar de la vista del sol.

El *tejo*, tan desdeñoso como el *boj* de todo adorno exterior, se llena de flores apenas visibles, á las cuales sucederán frutos rojos como las cerezas, cuya carne azucarada es tan agradable á los niños.

Las *flores de avellano*, que desde la entrada del invierno estaban prontas á brotar así que se hubiese suavizado la temperatura, se apresuran á aprovecharse de los hermosos dias de febrero. Las candelas que penden de sus ramas desnudas, muestran, al entreabrir sus escamas, estambres de un color semejante al de la madre del vino; y una vez cumplidas sus funciones, se marchitan y caen; pero se perciben fácilmente al extremo de las ramas, pequeños botones aplastados, que llevan sobrepuesta una ligera cresta púrpura. Ellos son los que al desarrollarse producen las avellanas envueltas en una especie de caliz lleno de franjas.

El *daphne mesaræum* cuyas flores violadas vienen á adornar sus ramas enteramente desnudas de hojas, y la *laureola* con sus flores verdosas, crecen en algunos grandes y poblados bosques, y alegran la vista, que no descubre por entonces sino árboles enteramente desprovistos de verdura. Ambos derraman suavísimos olores; pero estos modestos arbustos, tan inocentes en apariencia, ocultan propiedades deletéreas: su corteza aplicada á la piel la irrita y la escoria, propiedad de que los médicos han sacado gran partido para la curación de las enfermedades. Es preciso, pues, guardarse de llevar á la boca las ramas de este arbusto, porque causarían una gran irritación en la garganta.

La *estrella de agua* florece tambien en la primavera; pero apenas se puede dar el nombre de flor á una corola verdosa é invisible, que es necesario buscar á través del follage que flota en la superficie de las aguas.

Así, pues, en este tiempo se encuentran ya en los bosques algunas florecillas que regocijan la vista y parecen hacernos olvidar de la brevedad de los dias y de la bruma que todavía oculta el sol á nuestros ojos. Los jardines apenas ofrecen en este tiempo nada digno de contemplarse; y en medio de su desconsoladora desnudez solo se ostentan las *alaternas*, las *filarias*, las *ozubas*, los *laureles-cereza* y algunos robles de follage persistente, como el *roble verde* y el *alcornoque*, los *tejos* de sombrío follage, los serenos *pinos* y las *chapinetas* que estenden sus ramas á manera de los brazos de un candelabro; estructura particular que las ha puesto en uso en Alemania, en concurrencia con el *epicea*, para servir de árboles de navidad. Debemos mencionar á este propósito una solemnidad muy usada en los países protestantes del Norte. La antevíspera de Pascua, fiesta de gran celebridad entre ellos, la madre de familia coloca furtivamente un *árbol de navidad* en uno de los sitios mas ocultos de la casa, sin permitir que ningún individuo de ella se entere del objeto de aquella ceremonia. A la mañana siguiente muy temprano,

cuelga en las ramas del arbolito con cintas de colores, juguetes de todas clases, dulces y otras mil bagatelas, y cada rama sostiene una pequeña bugía, formando así todas una pirámide de luces. Llegada la noche, en el momento en que ella señala, y sin que sus hijos á pesar de su impaciente curiosidad se atrevan á dirigirle sobre esto una sola pregunta, se levanta, los invita á que la sigan, y abriendo el misterioso cuarto se ostenta á la vista de todos aquel precioso árbol radiante de luces como una magnífica araña de iglesia. Todos se precipitan entonces en la habitación, y los niños van registrando las ramas, seguros de encontrar en ellas los objetos que le están designados, con su nombre escrito en una tarjeta. En un momento, pues, se ve el árbol despojado de sus lindos frutos; las bugías se apagan una á una, y el árbol que ha sido objeto de tanta alegría y admiración, pasa muy pronto de los honores del salón á las llamas de la chimenea, donde queda reducido á cenizas, viniendo á ser allí la imagen de las vicisitudes de esta vida, la nada en que vienen á parar las mas ostentosas glorias, que á veces no dejan en el mundo mas que su nombre, como la huella de su paso.

El laurel-tino, á quien en el mes anterior hemos visto anunciarnos sus flores ya próximas á lucir, se cubre de grandes ombelas blancas, á las cuales solo falta un poco de perfume para ser unas de las primeras flores; porque después de florecer, en vez de perder poco á poco su follaje permanece siempre verde, y no ofrece

nunca el cuadro de una muerte anticipada. Observaremos que el laurel-tino no es verdaderamente un laurel sino un *viborno*, y pertenece al género de la bola-de-nieve, que veremos mas tarde decorando nuestros jardines.

Es raro encontrar en ellos el *jásmín nudifloro*, que parece desafiar los rigores del tiempo, pues apenas llegan los frios viste de lindas flores amarillas toda la estension de sus ramas; y entre los arbustos de follaje persistente que se conservan siempre verdes, citaré el *eleagnus reflexa*, cuyas hojas son de un verdor muy brillante, y cuyas flores, de muy poca apariencia, se abren desde el mes de enero.

En la capital del vecino imperio, donde la afición á las flores está mucho mas generalizada, y es mucho mas decidida que entre nosotros, las habitaciones están llenas en este tiempo de ricas colecciones de flores traídas de muy lejanos climas. Allí se ostentan los *brezos* que vienen del Cabo de Buena Esperanza, cuyas corolas afectan mil formas y se adornan con los mas bellos colores; las *epácridas*, que se asemejan á los brezos, y son los representantes de este género en la Nueva Holanda; las *mimosas*, con sus pompones amarillos; los *mitrosideros* que se cubren de lindas crestas purpúreas; las *azaleas*, los *rosagos* y las *camelias*.

La *primula de jardín*, con su elegante follaje, da ahora sus primeras flores, y continuará dándolas hasta las heladas sin cansarse de producir.

Un arbusto apenas conocido y que merece

serlo con tanto mas motivo cuanto que sus flores después de cortadas, se conservan frescas por muchos dias, es el *habrothamnus fasciculatus*, que ostenta en el extremo de sus largas ramas ramilletes de flores purpúreas de un efecto delicioso, y que podrían tener un lugar ventajoso en el tocador de las damas.

Las *correas*, cuyas flores penden á lo largo de sus ramas guarnecidas de un espeso follaje, son en esta época uno de los mas bellos adornos de los jardinillos artificiales, porque se prestan fácilmente á las exigencias de la vida social.

Los *tulipanes* tempranos, los *jácintos* y los *azafranes* comienzan ahora á dar sus flores, y continuarán por espacio de dos meses, á menos que dándolas demasiado calor no se desarrolle inútilmente su follaje. En estos casos las flores son raras y no pocas veces el botón se marchita y cae de su rama.

Ya hemos andado bastante para el mes de febrero. En el inmediato empezaremos á correr los bosques y los campos, y no nos faltarán flores silvestres.

MISCELANEA.

MONUMENTOS FUNERARIOS.—La Siria nos presenta considerable número de sepulcros labrados en la roca. En las cercanías de Seleucia se ven muchas de estas grutas sepulcrales abiertas en



Sepulcros de Seleucia.

los peñascos que bordan el camino, y ocupadas por pastores y sus rebaños. Las hay que tienen varias piezas, las cuales se comunican unas con otras, viéndose muchas de ellas en Gabala, en otro tiempo Byblos, y al Nordeste de Satakia, cerca de la orilla del mar donde existía la necrópolis de la antigua Laodicea.

En las cercanías de Tortosa hay sepulcros singulares abiertos también en la roca, coronados de unos pilares que descansan sobre pedestales, uno de ellos flanqueado de cuatro figuras de leones. Entre los sepulcros contruidos, los de

Palmira son los mas curiosos de Siria, y consisten en una especie de torres cuadradas de mármol de muchos pisos, sin adorno en la parte exterior, pero cubiertas de esculturas y embellecidas de columnas en la interior.

A muy poca distancia de Homs, la antigua Emesa, Robinson vió un mausoleo ó mas bien un cenotafio, que segun una inscripcion griega casi borrada, debió ser erigido á la memoria de Cayo César. Está construido de ladrillos y consta de dos pisos con cinco pilastras en cada frente. El piso superior es de orden dórico y el inferior de

orden jónico. El edificio tiene 25 pies de alto y el techo es de forma piramidal.

LA LISONJA. Se preguntó á un sábio cual de todos los animales era el mas temible al hombre; y respondió: *Entre los salvajes el calumniador, entre los domésticos el lisonjero.*

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,
calle de Sta. Teresa, núm. 8